

zas para entregarme á los impetus nacionales que bullian en mi pecho. No: yo no podré bosquejar siquiera el bálsamo consolador en que se bañó mi corazón, viendo á los pocos minutos entrar un capitán de artillería solo: pero era el gran DAOIZ, que me saludó preguntándome *¿qué tenemos por aquí?* No habia yo acabado de instruirle, y nos interrumpió la llegada sucesiva de dos capitanes VELARDE y Consul, y dos subtenientes Carpeña, y otro que era de compañía fija, cuyo nombre no recuerdo, pero sí tengo muy presente que por el modo de aborrecerse estos oficiales de artillería, particularmente DAOIZ y VELARDE, me pareció no haber sido esta su primera entrevista del día. Entró tambien un capitán de granaderos del estado con tres subalternos, (de lo que debido es nombrar á don Jacinto Ruiz) y unos 40 soldados; sin que yo pueda fijarme ahora en los que llegaron antes ó despues. Baste decir que entraron sucesivamente con cortas intermisiones por un postigo de la puerta principal, que por su mano entreabria un oficial francés para reconocer á las personas, y volvía á cerrar con las precauciones de los temores que se les aumentaban por momentos. Bien sabia yo que Daoiz en aquel acto era el jefe del puesto porque me era conocida su clase y antigüedad; pero, aun si las ignorase, él me habria hecho sentir aquella superioridad que se pinta en la posesion del ánimo, en el fuego de los ojos, en el tono de una voz varonil, y en el porte de su persona, que aunque de pequeña estatura, se paseaba allí con tal gallardía, que representaba un gigante. Acerquéme á él para acabar de participarle todos los acaecimientos; y sin responderme nada y con semblante pensativo se dirigió á la escalera de la sala de armas. Mientras subíamos le noticé la operacion en que dejó al cabo y á los tres artilleros, á lo que me respondió sonriéndose: «Ello es un contrabando, pero al fin hay eso adelantado.» Sacó entonces de su bolsillo la misma orden escrita, que yo habia recibido de nuestro comandante y me preguntó: «¿Qué quiere usted que hagamos?» Me dió golpe esta perplegidad, á la que respondí «que yo estaba á sus órdenes:» pero despues que oí á VELARDE y á los otros oficiales del cuerpo esplicarse en el mismo incierto sentido, reflexioné que la pregunta de Daoiz á mí habia sido la espresion de la batalla de su espíritu acosado por la gran responsabilidad que pesaba sobre sí, y como encogido por los pocos medios para empeñar una resolucion estremada, que en lucha tan desigual aventurase á un pueblo noble á sufrir las horribosas venganzas de un enemigo tan fuerte como implacable. No debian de ser menos las sensatas fluctuaciones en que él mismo se embargaba: y era tanto mas admirable su reposada cordura, cuanto que el dia anterior habia

procedido como jóven acalorado precipitándose á un desafío; pero en que arriesgaba su persona sola. Asi fué que no suspendió sus reflexiones la llegada de un gefe de los de la plaza, diciéndole «que el gobierno habia dispuesto armar al pueblo;» pues volviéndose á nosotros nos dijo.—«Este hombre es cuando menos un aturdido, bullicioso y nada valiente, á quien no se debe creer:» lo que vimos comprobado en el suceso, porque se mantuvo siempre agazapado, y posteriormente recibimos, como notaré en su lugar, otra embajada del gobierno, que desmentia la de este gefe.

Y DAOIZ, cuya voluntad no mas era obedecida en el parque de artillería: DAOIZ, que en aquella hora ya no rindiera su obediencia sino á Fernando VII tan solo; DAOIZ, que habria sido menos grande si no hubiera con su meditación sublimado su valor, se quedó todavía como irresoluto, paseándose por el patio en recogimiento absorto, en que parecia tantear los destinos de la España encerrados en el primer cañon que se disparara contra el coloso que tenia sojuzgada toda la Europa. Entretanto, los oficiales, pendientes de sus lábios, le contemplábamos y admirábamos; el pueblo desde afuera no cesaba de repetir vítores al rey y á la artillería, pidiendo armas con estruendo: y hé aquí, decirse puede, que se nos apareció en accion el héroe: pues si como de aquel nubarron de vivas desprendida una chispa eléctrica abrasase el corazon de DAOIZ, desembainó el sable, mandó franquear la sala de armas, y abrir la puerta del cuartel, dirigiéndose él mismo á ella, de donde jamás se habia separado la tropa francesa en la, antedicha amenazante actitud. Entró el pueblo como un turbion y sin causar ni leve daño á los franceses, porque no se defendieron, les arrebató los sables y fusiles. Los que no alcanzaron parte del despojo, fueron á proveerse en la sala de armas, siendo de notar que el mayor número de ellos, no sabiendo usar las de fuego preferian las blancas, y á falta de sables tomaban las bayonetas de los fusiles, arrojando estos al suelo como inútiles. En el mismo tropel en que entraron los paisanos, volvieron á salir sin que bastaran los mayores esfuerzos y aun ruegos de VELARDE para detenerlos, con la mira de ordenarlos y dirigirlos del mejor modo posible. ¡Perdido afan! Consiguió solamente la detencion de unos ochenta mas ó menos, y eso cerrando la puerta. No obstante ese cortísimo número, era de ver á VELARDE como los organizaba y distribuía con tal actividad, que á manera de relámpago parecia presente en todos los puntos. El destacamento francés desarmado se colocó en un rincon del patio en que se creyó seguro, bajo la proteccion de la compañía del Estado, que se mantuvo inmóvil sin disparar un tiro en todo

el día, muy á pesar de sus oficiales y soldados: pero debo decir en justicia, que si el capitán cumplió cabalmente la orden de «no unirse á los paisanos,» tampoco los contrarió de ningun modo.

Durante la entrada del paisanage, DAOIZ me habia dado la orden de colocar cuatro piezas abocadas á la puerta y ya listas avisaron unos paisanos que estaban en los balcones, que por la calle de Fuencarral venia un batallon hácia el cuartel. La primera voz de DAOIZ fué la de guardar silencio: VELARDE acompañado de un subalterno subió á observar los movimientos de aquella tropa: avisó que eran tan hostiles que ya sobre la puerta se disponian los gastadores á forzarla: y DAOIZ mandó hacer fuego, que produjo tres tiros de cañon, y algunos de fusil que desde los balcones hizo disparar VELARDE. Ya se ve el profundo silencio trasformado en trueno repentino, la puerta cerrada, por cuyas horadaciones les llegaba la muerte, los balcones guarnecidos de fusiles que parecian mas por una buena distribucion, todo esto causó tal sorpresa al batallon, que no fué necesario mas para ponerse en fuga desordenada..... «Victoria por nosotros,» gritaron los paisanos, «que ya van de huida;» y DAOIZ en el momento hizo abrir la puerta y colocar á fuera un cañon, mirando á la calle en frente á la puerta del cuartel, (1) y otros dos en direcciones opuestas, avistando el uno á la calle de San Bernardo y el otro á la de Fuencarral. (2)

A poco rato se observó por la calle de San Bernardo que se reunian los enéimigos, y se trabó la pelea como por una hora con mas ó menos teson, segun que el grueso de los franceses se distraia, queriendo hacernos diversion con varios destacamentos por las otras calles; y por último se retiraron escarmentados. En estos tiroteos reconocimos el perdido uso que los paisanos hacian de las bocas de fuego por no saber manejarlas, pues entre otras cosas sucedió que un desgraciado, para dar mas alcance á su pistola hubo de cargarla, segun nos dijeron, *hasta la boca*, la apoyó en su mejilla derecha para hacer mejor puntería, y en su retroceso la misma pistola disparada le voló la tapa de los sesos. En esta ocasion fué tambien que el muy valeroso Ruiz, teniente de granaderos del Estado, se separó de su tropa inmóvil, se presentó gallardamente fuera de la puerta; y allí, despues de haber dado muestras de un oficial valiente, resultó herido en el brazo izquierdo de una hala de fusil; cuyo fatal accidente hizo resplandecer su bizarría, porque no cesó de dar las voces de *fuego artilleros*, hasta que ya desmayado, porque el propio encendimiento de su sangre hacia

(1) De San Pedro, hoy del Dos de Mayo.

(2) En la calle entonces de San José, hoy de Daoiz y Velarde.

mas copioso el derrame, lo cargaron unos paisanos y lo llevaron á dentro. Igualmente quedaron fuera de combate un cabo y cinco artilleros, todos heridos de bala de fusil ó de metralla, de cuya municion careciamos enteramente, porque no estaba allí el guarda-almacen. Tal fué la pérdida que tuvimos en esta refriega, la primera en que resistimos á pecho descubierto. Los paisanos no tuvieron ni un herido, porque no tenían necesidad de esponerse, pudiendo disparar sus tiros perfectamente cubiertos de los del enemigo. Pero notamos alguna baja de ellos; y quiero atribuirle á la noveleria con que iban por las calles á pregonar proezas, porque ninguno habia dado ni leve señal de miedo.

No duró mucho la suspension de hostilidades, porque á los pocos minutos marchaban ya los enemigos hácia nosotros; (1) y DAOIZ mandó romper el fuego contra un batallon, que con su comandante á la cabeza avanzaba á paso redoblado, y aunque los estragos que le causaba nuestra artilleria eran proporcionados al órden de columna cerrada en que atacaba, seguia en su impetuosa marcha, sin hacer caso de sus pérdidas: abriáanse boquerones en aquella masa compacta, y como por aluvion se rellenaba y consolidaba. Sin oírseles otra palabra, que su pertinaz *en avant*, ya el intrépido comandante alargaba, por decirlo así la mano para cojer el fruto de su valentía, y se le escondió, convirtiéndosele en ruina, por una ocurrencia que parecia dispuesta en su favor. ¡Prodigiosos suelen ser los resultados de la audacia y de la temeridad! Asi voy á presentar el cuadro de unos setenta defensores que éramos entre militares y paisanos, en la calle, á pié firme, sin parapeto, sin una zanja y atacados por un batallon tan osado como aguerrido; que llegó, como era forzoso, casi á apoderarse de nuestro puesto, y que de repente se le cambia el triunfo en una total derrota, en que sufrió pérdidas increíbles de muertos, heridos y prisioneros.

Fué el caso que en aquellos críticos momentos se divisó por la calle del frente de la puerta (2), un capitan de granaderos del Estado, que á toda carrera venia flameando un pañuelo blanco. Suspendióse el fuego á la voz de DAOIZ, y corrió VELARDE á la calle del ataque, para proponer al comandante francés que se detuviera, y sino volveria á romper el fuego. Este mandó hacer alto á su batallon, y para dar una señal de seguridad y confianza, mandó poner los fusiles culatas arriba; y él con tres ó cuatro oficiales se adelantaron como para entrar en esplicaciones. Jadeando y casi sin poder hablar, llegó por fin el capitan y dijo á DAOIZ: «que era enviado por nuestro gobierno para hacerle

(1) Por la calle de Daoiz y Velarde.

(2) Del Dos de Mayo.

sentir la indignacion con que habia sabido la locura con que estaba precipitando al pueblo, y esponiéndolo á las consecuencias mas desastrosas....» No sé si tendria mas que decir el plenipotenciario, de un gobierno cautivado, ni cuál hubiera sido la respuesta de DAOIZ; porque nadie pudo hablar, mas, interrumpiendo y pasmando á todo, uno de los valentísimos que nos acompañaban en traje de *chisperos* que dió tal empellon á uno de los oficiales franceses que se adelantaron mas para oír la embajada, que lo derribó de espaldas y gritó al mismo tiempo, viva Fernando VII, añadiendo por interjeccion cierta palabra condenada á no ser escrita. Estaba en aquel instante mismo con la mecha en la mano un artillero, y sin que nadie se lo mandase, y quizá sin saber él mismo lo que hacia en el arrobamiento en que hubo de ponerle aquella invocacion, dió fuego á la pieza, que aunque cargada con bala rasa tuvo donde cebarse en aquel enjambre de franceses tan á quema ropa, que sobrecogidos se abandonaron al espanto de tal estrago, de modo que los de retaguardia se dispersaron y huyeron precipitadamente, y los de la cabeza que no cayeron imploraron clemencia, rindiendo ó arrojando las armas. Estos, que fueron muchos, quedaron como prisioneros que se juntaron con los otros. Tambien retuvimos en nuestro poder al comandante y algunos oficiales, á quienes por disposicion de DAOIZ, que estaba en todo, se trató con el posible decoro. Entre nosotros hubo algunos heridos.

Esta inesperada victoria, que parecia arrebatada por la virtud sola del nombre de Fernando VII, bien pudiera persuadirnos que habíamos no solamente llegado á la cima de la gloria, sino que en ella descansaríamos ya de nuestras fatigas incesantes. Y no parecia descabellada esta esperanza que se fundaba en el destacamento desarmado, en los dos batallones derrotados, y en los franceses dispersos que ya se presentaban á tomar nuestro partido, entre los cuales un sargento de artillería que se entendió conmigo. Pero estas mismas prodigiosas circunstancias que se habian acumulado sobre aquella casa indefendible, que repito, no era tal parque, y los nombres de DAOIZ y de VELARDE, que ya hermanados como por presagio de su próximo vuelo á la inmortalidad, resonaban por todas partes, fueron la causa de que Murat mirase aquel punto como el de mas entidad de la villa heroicamente levantada, y dispuso atacarlo con una columna de unos dos mil hombres á las órdenes de un general.

Los paisanos que á todo riesgo correteaban para llevarnos noticias, anticiparon las de tan excesivo apresto: y en esta coyuntura se deseaba saber, ¿cuántos y cuáles eran ya los sitiados? ¿Qué pensaban? ¿Qué

se prometían?—Eran DAOIZ y VELARDE, que entonces se dijeron algunas palabras de las cuales no percibi mas que los ademanes del ardimiento, con que después no parecieron graduados mas que de bravos combatientes; que por lo mismo que palpaban la insuficiencia de sus recursos, se mostraban mas poseidos del heroismo con que se precipitaban, ya fuese para recabar de la fortuna las portentos con que ha solido coronar á la audacia: ya fuese para no ser testigos de la dependencia de su nacion. Eran mis otros tres compañeros, que estaban en la espedicion del nuevo tremendo ataque, los mismos que estuvieron siempre firmes y elevados á la altura, no fácil de cumplidos subalternos de aquellos capitanes, era yo haciendo mi papel de ayudante. Eran diez entre sargentos, cabos y soldados de artillería que se portaban como por honor y patriotismo. Eran los poquísimos paisanos restantes harto acreditados de buenos españoles. Tales eran los elementos de que se componian unos cincuenta ó sesenta pechos descubiertos y fatigados, que esperábamos el asalto de mil y quinientos veteranos, frescos y provistos de todas armas y municiones. Preciso es ser españoles para ser tan tenaces en no torcerse cuando marchan á la gloria.

Entraba ya la columna por la calle ancha de S. Bernardo, y tan luego como la avistó DAOIZ, mandó romper el fuego, que se repitió con toda la actividad del coraje que se renueva en el mayor peligro. El enemigo sin disparar un tiro, marchaba con celeridad tan sostenida que no daba muestras de sentir el encuentro de nuestras balas: bien que graneadas escasamente por la disminucion de nuestros tiradores. Reproduciase asi el ardor y el teson de una y otra parte, y asi la columna se lanzó hasta diez ó doce pasos de nosotros, sin dejarnos mas resuello que para pocas descargas, de las cuales la última destrozó el caballo del general. No habiamos quedado ileso al pié de los cañones mas que unos treinta entre oficiales, sargentos, cabos, y soldados de artillería y paisanos: no podiamos hacer ya nada, y nos arrollaron hácia dentro los enemigos, tan encima de nosotros que no bien estábamos en la puerta, vimos que la primera subdivision de la columna se habia echado los fusiles á la cara. Tal vez nos hubieran barrido á todos, hasta á los prisioneros franceses, si no se hubiera aparecido el marqués de San Simon, que revestido de todas sus insignias militares, se metió por debajo de los fusiles y los hizo levantar con su voz y su baston. Mas no pudo evitar que saliesen algunos tiros, de los que uno hirió... ¡á VELARDE!... en el centro de su gran corazon... Cayó súbitamente: pero fué aun mas súbita la feróz rapiña de la soldadesca triunfante, pues por pronto que acudimos, oh dolor! hallamos despo-

jado y desnudo aquel cuerpo que habia sido feliz y precioso depósito de valor heróico y de mucho saber, y que vino á parar... ¡en ser envuelto en el lienzo de una tienda de campaña para llevarlo á su casa!.....

Al mismo tiempo de este lamentable suceso, porque todo pasaba con la rápida, la instantánea movilidad del encarnizamiento, el general francés reconvino ásperamente á DAOIZ, que fué lo mismo que escitar y provocar la cólera del León. Tal pareció el ceñudo español, que aun tenia empuñado su sable, sin duda con el propósito de que victorioso ó muerto no mas volviese á la baina: y respondió acometiendo al general, que nada caballero y magnánimo no se contentó con parar el golpe sino que, permitió que cinco ó seis de sus oficiales y soldados acribillaran á estocadas y bayonetazos á su novilísimo adversario. De este modo villano fué como lograron los franceses teñir sus aceros con la sangre del mas valiente de los valientes que pelearon en aquel dia por la mas justa de las causas, por fortuna su cuerpo no fué profanado; todavia respiraba cuando llegamos á socorrerle; lo cargamos y conducimos á un cuarto inmediato á la puerta, y teniéndolo yo recostado sobre mi pecho corrió su sangre espirituosa por mi vestido. Su aspecto allí era el de un héroe moribundo, á quien no solamente rodeaban nuestros suspiros, nuestra admiracion, nuestro respeto, sino que algunos de los franceses con recogimiento sentimental se acercaron á contemplarle y ofrecer sus servicios; con tal solicitud que uno de los cirujanos, posponiendo sus propios heridos se ocupó en curar á DAOIZ y hasta mandó á la botica por una bebida que le hizo tomar á cucharadas. Todo fué infructuoso. El alma del hombre del DOS DE MAYO se desenredaba ya de su envoltura terrenal: la amarillez sombría de la efusion de sangre habia reemplazado al color de su brio, nunca amortiguado en los peligros, movia poquísimo y sin muestra de congoja aquellos miembros muy ágiles en el combate: de cuando en cuando abria enteros los ojos... ¡únicos enjutos en aquella luctuosa escena!... En tal estremidad lo llevaron á su casa, donde exhaló el último aliento de su perseverancia en la lealtad española.

No con todo esto cesaron nuestros sufrimientos, porque en el punto mismo de hallarnos los oficiales de artillería con los pechos llagados de las heridas de nuestro inimitable caudillo, comenzaron los franceses á insultarnos con amenazas, á las que el capitan Cónsul, como el mas caracterizado, les respondió señalándoles en el suelo la sangre de DAOIZ. — «Esa era del jefe que nos ha guiado.» — Esta salida que debiera desarmar á todo hombre de razon no pareció producir buen efecto

en unos vencedores que enconados por los sacrificios inmensos que les habia costado la victoria, ha principiado el mas ruin abuso que se hace de ella, el de acibarar mas la suerte de los vencidos. Pero tuvimos la fortuna que aquel gefe de batallon que quedó en nuestro poder, aquel francés singular, tan generoso como valiente, no solo calmó la ira de sus compañeros, sino que nos consoló diciéndonos: «que él habia sentido la desgracia de Daoz como la de un hermano, porque en cuantas acciones se habia hallado no vió mayor denuedo.

En esta sazón los lamentos de los artilleros heridos me llamaban. Fuí á socorrerlos, y un cabo fué el primero que ví. Hallábase tendido en el suelo en medio de un lodoso reguero de su sangre, que aun manaba de la herida cruel que le atravesó una inglete; y cubierto de la palidez precursora de su muerte muy cercana, con voz entera me dijo: «acuda V. mi teniente á quien pueda tener remedio; pues no soy el que me he quejado ni llamado: yo no llamo mas que á la muerte que espero conforme porque muero por mi rey y porque muero en mi oficio.» Muy poco sobrevivió á estas palabras; que oyó mi corazón en una de aquellas conmociones que se reproducen con todo efecto cada vez que se hace memoria de ellas: como ahora me sucede estar oyendo á ese impertérrito cabo de artillería, doliéndome de no poder consagrar su nombre, no menos interesante que el de cualquiera de los trescientos espartanos; pues no es dudable que si la puerta de aquella casa la defendieran trescientos como este cabo, los franceses no hubieran pasado en el día aquellas termópilas que les representó la constancia de los españoles.

Varios generales, el comandante de artillería y algunos gefes y oficiales de la plaza llegaron al cuartel, y sucesivamente fueron desapareciendo. La compañía de granaderos de Estado se retiró lisa y llanamente. Mi comandante se fué tambien con todos sus oficiales, sin dar otra disposicion, si no la de «que me quedara allí para la conduccion de heridos y cuanto mas pudiera ofrecerse.» No me quejaré de la imprevision de mi comandante en dejarme entregado á la muy encendida venganza de unos enemigos que me habian visto con mi espada desnuda contra ellos; porque tal vez se propondria hacerme honor con esta comision; ó en el estupor que hubo de causarle la catástrofe que vió consumada sin pasar por las graduaciones que nos familiarizan con los desastres, no previó cuánto mas prudente hubiera sido comisionar á uno de los oficiales que le acompañaban, sin haberse hallado en la accion. Y nada, empero, representé; porque permítaseme el desahogo, y no era capaz, ni de eludir la subordinacion militar mas arriesgada,

sino cuando me llamara la voz mas exigente de ciega obediencia la imperiosa voz de la independencia y del honor, harto comprometidos en el cautiverio del rey, en la salida de las personas reales, y en la traidora ocupacion de nuestras plazas fronterizas y de nuestra capital.

Ultimamente se retiró el grueso de la tropa francesa, dejando alli unos quinientos hombres. Y volví á quedar solo como al principio, con la grave diferencia de que este segundo aislamiento en dia tan desproporcionado á mis alcances juveniles, fué un verdadero desamparo sobre un terreno ya cubierto de destrozos y de sangre, sin oir las vivificantes voces de DAOIZ y de VELARDE, y sin mas libertad que la de un vencido. Un accidente solo hubo para no colmar mi desventura, y fué que encargaron el mando de los quinientos hombres, á aquel mismo noble comandante de batallon que hicimos prisionero, quien no obstante su descalabro, conservó tal reputacion, que el general le confió aquel puesto de tanta mayor entidad, cuanto que en él estaba el depósito de armas y todos nuestros pertrechos. Su primera disposicion fué la de requerir á un corto número de paisanos que se habian refugiado en una de las habitaciones interiores, para que entregaran las navajas ú otras armas que tuvieran ocultas; pero ya aquellos desdichados se habian desprendido hasta de la esperanza de conservar una vida de mucho precio, como escapada entre los peligros á que se arrojaron por su rey. Despues me pidió municiones para dos piezas, de las que sirvieron en su daño, y le respondí que yo no tenia conocimiento de los repuestos ni de cosa alguna que no estuviese á la vista, porque eran muy pocos los dias que habia residido en Madrid con licencia. Por fin pude mandar los heridos al hospital, y volvieron los conductores dándome la triste noticia de que en el tránsito habia espirado un artillero y los otros, que eran seis, quedaban desmayados, los mas de ellos sin esperanzas de vida.

A todo esto, eran ya pasadas las seis de la tarde; y faltándome el alimento de la accion, pude sentir que estaba en ayunas despues de una lucha fisica y moral de mas de nueve horas: y como la órden de mi comandante estaba cumplida en lo esencial, y no era de permanencia, hube ya de pensar en mí para salir de un sitio, que se me habia hecho muy ominoso de un sacrificio estéril en el patíbulo. Dirígeme entonces al comandante francés, que me trataba como subordinado suyo, y le dije que me permitiera dar una vuelta á mi casa, á lo que me contestó con absoluta negativa; pero tuve la felicidad de no alterarme; y le repliqué dulcemente, representando á su sensibilidad «la cruel incertidumbre en que estaria mi hermano mayor, que era el sus-

tituto de nuestro padre ausente;» y accedió, pero con la condicion de que volviera á su lado sin demora. Así lo prometí de palabra; que en mi intencion estaba resuelto á no cumplirla; aunque asomaba á mi corazón cierto escrúpulo, aun de la necesidad de engañar á un hombre, que por ser enemigo, no era menos apreciable por sus excelentes cualidades, y muy digno de mi reconocimiento por el candor con que me abrió la puerta de la salvacion.

Así acabó en el parque el dia de revista doctrinal para toda la Europa, que segun predijo un habanero (1), en aquellos momentos «debía estimular el instinto del honor de las potencias amortiguadas por el terror pánico, ó por la admiracion estúpida que Bonaparte les inspirara» así acabó el dia en que la historia justiciera descubrirá el primer eslabon de la cadena que remachó en una roca el genio de las batallas: así acabó el dia en que las naciones penetradas de asombro, del asombro pasando á los aplausos, de los aplausos á la envidia y de la envidia á la imitacion, tomaron por modelo el porfiadísimo combate que un puñado de artilleros y paisanos, sin municiones competentes, sin una zanja y sin estar cubiertos, ni con frágiles bardas, sostuvo á pié firme y pecho descubierto arrojándose con todo un formidable ejército, que destacaba y engrosaba columnas de refresco, á medida que eran derrotadas las que les precedian con asombrosas pérdidas en muertos, heridos prisioneros y estraviados. Maravilla que no se podrá militarmente explicar, ni de otra manera, concebir, sino por la mágica influencia de dos capitanes de artillería encumbrados á toda la elevacion de españoles indomables, y que además tuvieron la virtud no solo de infundir su energía defensiva á los que estuvieron á sus órdenes sino la de producir tal pavor á los franceses, que los prisioneros siendo tres veces mas que sus vencedores, ni pensaron fugarse, porque estaban mas atónitos que vencidos. Acabó así el dia DOS DE MAYO, lo repito, no hubo capitulacion, no hubo formas de rendicion, no hubo mas que haber caido una masa enormísima de asaltantes sobre los poquísimos que no fuimos inutilizados en las varias contiendas, se deshizo aquel conjunto de héroes, como se deshace y desmorona el muro, que despues de haber represado muchas avenidas, no pudo contener el desborde de un rio caudaloso: pero cuyos escombros desparramados por la península, sirvieron de advertencia, y de materia para robustecer los malecones con que en Menjibar, Bailen, Zaragoza, Gerona y en

(1) Manifiesto imparcial de los acontecimientos del DOS DE MAYO, escrito por mi hermano don José de Arango.

todo el ámbito de la España refrenaron la irrupcion de las huestes acos-
tumbradas á triunfar de los imperios mas poderosos y de las mas indó-
mitas naciones.

Estos han sido los hechos que presencié, cuya relacion he concluido sin que mi conciencia pueda inquietarse por leve alteracion de la ver-
dad, ni que se me tache de proligidad que debe ser muy grata al inter-
rés nacional. Solo tengo la pena de corocer la insuficiencia de mi plu-
ma, porque no puede convertir la escasa animacion marcial de que fué
susceptible á las inspiraciones de DAOIZ y de VELARDE, en la animacion
oratoria, que me hiciera capaz de presentar tan grandes como fueron
esos dos capitantes de la artillería española. Pero me consuelo obser-
vando ahora, que su elogio está ya cifrado en su nombres, nombres
que tan acendrados como si hubieran corrido una larga posteridad,
basta pronunciarlos, para que en ellos parezcan producidas con bella
simonia todas las palabras que espresen, y las ideas, y las acciones y
los efectos del heroismo.

NOTA.

Por la narracion hasta mi salida del cuartel, queda probado, que
el dia Dos no pude escribir el parte á mi gefe. Y tampoco fué posible
el dia tres: porque serian las ocho de la mañana cuando llegó á mi ca-
sa un amigo mio, con la horrible noticia de que en casi toda aquella
pavorosa noche, habian los franceses fusilado en el Prado á todos los
españoles cogidos con armas ó sin ellas durante la accion y despues
que cesó: añadiendo, que los oficiales de artillería del parque, debian ser
juzgados esto es, *fusilados*, por una comision militar francesa; lo que
no dudaba él porque en su travesía encontró una partida de dragones
franceses que llevaba atados tres soldados artilleros. Mi hermano ab-
sorto con la idea de que si yo no hubiera salido del cuartel, habria
sido víctima en el Prado, resolvió sin demora, que saliésemos disfraz-
ados de paisanos á cerciorarnos del hecho. Fuimos á preguntarlo al
ministro de la Guerra don Gonzalo O-Farrill, nuestro paisano, cuya
respuesta fué decirnos con profunda tristeza. «Esos hombres son capa-
ces de todo.» Seguimos á la casa de mi comandante, para darle noticia
de los tres artilleros, y profundizar mas mi negocio; y con aquella su
honradez característica me dijo: «que lo ignoraba todo; pero que si él
hubiera sido ayer el ayudante del parque, ya estaria fuera de Madrid.»
Con estos datos, mi hermano me dejó depositado en una casa de su con-
fianza. A las tres horas volvió, llevandome para disfraz el completo

uniforme de alférez de guardias españolas; y así vestido yo, fuimos á su cuartel, donde estaban reunidos muchos oficiales, entre quienes se hablaba de prevencion el actual brigadier don Gonzalo de Aróstegui, que fué el trazador del plan de mi evasiva. Salí á pié con un compañero de uniforme primer teniente, del batallon acantonado en Vicálvaro. ¡Cuántas circunstancias interesantísimas voy omitiendo para ceñirme al objeto de esta nota! Pero me es imposible no pregonar, que el batallon pasó la noche como sobre la brecha, con la resolucion de morir todos en ella, si me persiguiesen los franceses. Yo seria el mas insensible de los hombres, si ahora y en todos los dias de mi vida no recordára con reconocimiento afectuoso la proteccion que debí al cuerpo, que siempre bizarro, sustentador del distintivo de *Guardias españolas*, ha dado tantas glorias á la nacion.

Al siguiente dia, mi hermano temeroso de los pasos resvaladizos de mi inesperienza, llegó temprano á Vicálvaro, y despues de pasar el mal trago de ser tratado, aunque momentáneamente, como espía, porque preguntó por *don Rafael Arango*; me llevó á Guadalajara, desde donde habilitándome competentemente, me despachó á efectuar el concierto de nuestra patriótica venganza que era buscar por la línea mas corta, algun puesto bloqueado por los ingleses, á quienes contáse mi historia, y ofreciese mi espada contra el ya declarado comun enemigo. Pero en mi primera jornada, me alcanzó aquel mismo Aróstegui, que iba en posta á Aragon, y de acuerdo con mi hermano me hizo retroceder á Guadalajara, con la seguridad de que por intercesion de O-Farrill, se habia suspendido el decreto contra los cuatro oficiales de artillería. Mi hermano escribió á este ministro de la Guerra, que tuvo la animosa generosidad de mandar un pasaporte, para que por Cádiz viniese á la Habana á mi destino, como dije en la introduccion de este papel.

Partí por fin; y despues de mil trabajos y rodeos para evitar el ejército de Dupont, que marchaba para Andalucía, llegué donde me recibió el frenesí de muchos sevillanos, que sospechaban traidores á cuantos no habian recibido el bautismo político de manos del padre Gil; y me hallé tan mal parado con una columna de matones, que me llevaban y traian al retortero, que hube de consolarme cuando me encerraron en una prision. Omito mis riesgos y aflicciones posteriores, para decir cortando ya esta larga nota, que pasados algunos dias me pusieron en libertad, y el primer uso que hice de ella, fué sin pensar en la Habana presentarme al Excmo. señor don Francisco Javier Castaños en Utrera, que me admitió en su ejército; allí meditaba los acerta-

dos planes que coronó la victoria de Bailen, y desde entonces siguió continuamente en campaña como oficial de artillería hasta la terminación de la guerra.

Para completar la precedente relacion que debe considerarse como la mas clásica y verídica de cuantas puedan escribirse y como la única que debe servir de texto para comenzar la historia de nuestra independencia; nos parece oportuno y digno de la atención de nuestros lectores el siguiente extracto tomado del *Faro industrial* de la Habana del 19 de noviembre de 1850.

El 6 del corriente ha fallecido en esta ciudad su patria el coronel de caballería don Rafael de Arango y del Castillo, caballero de la orden militar de San Fernando y con varias distinciones de la guerra de la independencia, fué hijo del teniente coronel don Anastasio y de doña Feliciano del Castrillo.

Muy temprano escogió la carrera de las armas trasladándose á la península, donde entró de cadete en el regimiento infantería de Granada, estudió con grande aprovechamiento en la academia militar de Zamora al lado de su hermano don Andrés, cuando ambos se hallaban de subtenientes del mismo regimiento de Granada, este pasó al cuerpo de Ingenieros y nuestro héroe se examinó en Segovia y fué aprobado en clase de teniente de Artillería; en esta clase se le destinó á la isla de Cuba y habiéndose embarcado en la Coruña, el año de 1807, fué hecho prisionero por los cruceros enemigos que lo condujeron á Inglaterra; en seguida fue canjeado y se restituyó á la Coruña donde se hallaba á principios del año de 1808.

Deseoso de abrazar á su hermano el intendente honorario de ejército, don José, residente entonces en Madrid, vino con licencia á esta capital en los momentos críticos en que se hallaba ocupada por las tropas francesas; y alarmado su patriotismo en aquellos momentos decisivos, aceptó el nombramiento de ayudante de su cuerpo que le propuso el comandante de Artillería de la Plaza, don José Navaro Falcon: tan casual incidente proporcionó al jóven Arango, que entonces contaba 20 años, el honor de ser uno de los héroes del 2 de Mayo, segun la descripción sencillísima que acabamos de leer.

Destinado despues de aquel acontecimiento al ejército de Andalucía que mandaba el general Castaños, se encontró en la célebre batalla de Bailen conduciéndole su destino á tomar una parte muy activa en los dos grandes acontecimientos que indudablemente decidieron de la suerte del hombre extraordinario que tenia sojuzgada la Europa.

